

Construyendo oficio: experiencias laborales de integrantes de una Planta Social de Separación y Clasificación de residuos en el CEAMSE1.

Sebastián Careno, Ramiro Acevedo y Julián
Bárbaro.

Cita:

Sebastián Careno, Ramiro Acevedo y Julián Bárbaro (2012).
*Construyendo oficio: experiencias laborales de integrantes de una
Planta Social de Separación y Clasificación de residuos en el CEAMSE1.*
*VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-097/204>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRxp/8e9>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



VII Jornadas de Sociología de la UNLP
“Argentina en el escenario latinoamericano actual:
debates desde las ciencias sociales”
La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012

Construyendo oficio: experiencias laborales de integrantes de una Planta Social de Separación y Clasificación de residuos en el CEAMSE¹

Sebastián Careno, Sección Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropologicas, FfyL-UBA/CONICET: sebastian.carenzo@gmail.com

Ramiro Acevedo, Sección Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropologicas, FfyL-UBA/CONICET: acevedo.ramiro@gmail.com

Julián Bárbaro, Sección Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropologicas, FfyL-UBA: julian_barbaro@hotmail.com

Resumen

La recuperación y clasificación de residuos ha sido considerada como una expresión acabada del trabajo “precario”, siendo caracterizadas como imagen invertida del “trabajo formal”. En esta ponencia presentamos resultados preliminares de un análisis realizado sobre entrevistas a integrantes de una organización comunitaria del Gran Buenos Aires. Estas personas que se abastecían ingresando al basural, son actualmente las encargadas de la gestión de una de las “plantas sociales” de clasificación y separación habilitadas dentro del relleno. La recuperación de los sentidos que sus integrantes ponen en juego para definir y definir(se) en su labor cotidiana nos permiten hablar de la construcción de un 'oficio en devenir' que guarda estrecha relación con el progresivo crecimiento que evidencia en nuestro país la industria del reciclado, en tanto esta expansión requiere de la estructuración de un circuito consolidado de insumos pre-clasificados provenientes de la basura.

¹ El presente trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación Plurianual/CONICET “*Lidiando con la solidaridad y el mercado. Un estudio etnográfico de emprendimientos y encadenamientos productivos de la 'economía solidaria' en Argentina*”, donde analizamos experiencias de organización comunitaria vinculadas tanto a la recuperación y reciclado de residuos, como a la comercialización en redes de “comercio justo”.

Presentación

El presente artículo constituye un primer aporte a una línea de indagación en curso, presentando resultados de una investigación cualitativa realizada con trabajadores/as de “Ecosolidaridad”², una de las “plantas sociales” pertenecientes al “Reciparque” de CEAMSE³. Esta iniciativa fue impulsada por la organización comunitaria “14 de agosto”, que lideró en los noventa un proceso de lucha por vivienda mediante toma de tierras fiscales ubicadas en las inmediaciones del Complejo Norte III, donde históricamente habían funcionado basurales a cielo abierto. La cercanía del barrio al relleno favoreció el acceso de sus pobladores para proveerse de mercaderías y/o materiales “rescatados” ya sea para autoconsumo o su posterior venta. A partir de 2004 la CEAMSE acuerda con el estado provincial una serie de medidas orientadas a atender los recurrentes conflictos con *los/as quemeros/as*⁴, y adecuarse al nuevo marco político-legislativo provincial en materia de gestión de residuos urbanos⁵. Una de las principales acciones desplegadas por la empresa fue la creación del “Reciparque” y la negociación con las organizaciones locales para que asumieran la gestión de las denominadas “plantas sociales”. Luego de arduas tratativas en las que intervinieron también los Ministerios de Desarrollo Social (Nación) y Producción (Provincia), “Ecosolidaridad” comienza a operar en 2009 con un plantel de más de 60 trabajadores/as, organizados en dos turnos y con equipamiento para procesar más de 25 toneladas diarias.

El análisis presentado está organizado en tres partes. En primer término abordamos rupturas y continuidades existentes a nivel de las prácticas de separación y clasificación de residuos en la *planta* y aquellas que definían la experiencia antecedente de muchos de sus integrantes en tanto *cirujas*, *cartoneros/as* y/o *quemeros/as*. Luego realizamos el camino inverso, evidenciando como algunos/as trabajadores/as de la *planta* construyen analogías y contrastes entre su nueva actividad y experiencias en empleos “formales” desarrollados en fábricas y comercios. Este doble movimiento nos permitió problematizar la “informalidad” del trabajo vinculado a los desechos y la “formalidad” del empleo bajo relación de dependencia, evidenciando la porosidad que asume esta frontera desde la experiencia de los/as trabajadores/as de la *planta*. Por último, focalizamos el análisis en las prácticas de separación y clasificación dentro de la *planta* desde un enfoque de cultura material. La

2 Todos los nombres propios mencionados en este artículo han sido alterados para conservar su anonimato.

3 El análisis está basado en entrevistas abiertas y semi-estructuradas realizadas por la Dra. Cecilia Cross y la Lic. Ada Cora Freytes Frey a 18 trabajadores/as de “Ecosolidaridad” entre Julio y Septiembre de 2009. Dada la cantidad y extensión de las entrevistas utilizamos el software Atlas Ti 5.0 para facilitar el análisis cualitativo de datos textuales.

4 Las personas que ingresan al relleno se denominan *quemeros/as* dado que antiguamente los residuos se incineraban en lo que se denominaba *la quema*. Si bien en la actualidad son enterrados la categoría permanece aún vigente. Según la CEAMSE se estima que diariamente ingresan “ilegalmente” unas 800 personas al relleno (CEAMSE, 2006). La represión y hostigamiento a los/as *quemeros/as* ha sido una constante, cuyo pico de tensión estuvo dado por la desaparición de Diego Duarte en 2004, un chico de quince años quien murió sepultado en el vertedero, sin que hasta el momento se haya encontrado el cadáver y que dio lugar a masivas manifestaciones, cortes de ruta y presentaciones judiciales contra la CEAMSE (Cross, 2010a)

5 Nos referimos a la Ley Provincial 13592/06 de Gestión Integral de los Residuos Sólidos Urbanos que promovía el reconocimiento de las “cooperativas de recicladores” como parte del sistema, así como la reducción de los volúmenes de residuos destinados a enterramiento en los rellenos sanitarios.

recuperación de los sentidos que sus integrantes ponen en juego para definir y definir(se) en su labor cotidiana nos permiten hablar de la construcción de un 'oficio en devenir' que guarda estrecha relación con el progresivo crecimiento que evidencia en nuestro país la industria del reciclado, en tanto esta expansión requiere de la estructuración de un circuito consolidado de insumos pre-clasificados provenientes de la basura⁶.

Desafiando nociones de formalidad/informalidad

Buena parte de los/as integrantes de la *planta* tuvo experiencias previas como *cartoneros/as* y/o *quemeros/as*. Si bien ambas prácticas están asociadas a la recuperación de materiales y mercaderías, presentan diferencias significativas para el análisis de la cotidianeidad de las labores en la *planta*. El *cartoneo* que se realiza en los desplazamientos en la vía pública está principalmente dedicado a la recuperación de materiales que luego puedan ser comercializados como insumos industriales reciclados; mientras que el *cirujeo* en la *quema* (relleno sanitario) está orientado a recuperar mercaderías (alimentos, bebidas, electrodomésticos, etcétera) destinadas principalmente al autoconsumo o bien mercantilizadas a través de una red local de abastecimiento organizada en los barrios periféricos. A diferencia de lo que sucede con los residuos domiciliarios depositados en la vía pública, en la *quema* se dispone el descarte industrial y comercial (mercadería defectuosa, vencida y/o pasada de temporada) cuyo aspecto es casi idéntico al de las mercaderías exhibidas en las góndolas de los supermercados y las vidrieras de centros comerciales.

Los testimonios analizados evidencian la centralidad que adquiere la práctica del *cirujeo* en relación a las 'estrategias de aprovisionamiento' (Narotsky, 2006) de los habitantes de los barrios situados en la periferia del relleno, sea como aporte de los alimentos del día, como complemento de ingresos en la economía doméstica, o bien como actividad refugio frente a situaciones transitorias de desempleo. Marcos (32 años) relataba que antes de ingresar a la *planta* "entraba a la quema de lunes a sábado", donde obtenía diversos productos alimenticios y de higiene personal "aptos" tanto para ser consumidos en su familia como para revenderlos en el barrio. Javier (19 años) alternaba visitas a la *quema* con ocupaciones temporarias; así en momentos "donde el trabajo no llegaba" podía rescatar "jugos y galletitas" para alimentar a su familia. Para Emilia, una mujer de 51 años, la entrada a la *quema* se deriva del descubrimiento de una seria enfermedad que la excluye del mercado laboral; sin embargo Emilia no cirujea alimentos sino textiles descartados (recortes de tela y elástico) que utiliza para coser ropa que luego pone a la venta, siendo este su único ingreso.

6 No existen estadísticas oficiales al respecto. Sin embargo el ejemplo de la empresa TetraPack S.A. resulta ilustrativo de este crecimiento. En los últimos cinco años consolidó circuitos productivos basados en la reutilización de los envases recuperados a partir de su asociación con empresas que incorporan el reciclado: cartulinas (Papelera del Sur), placas simil aglomerado (Rezagos Industriales), tejas (Recypack) y cubiertas de techo en aluminio (Servicom). En esta línea la empresa manifiesta explícitamente la necesidad de incrementar el apoyo a cooperativas que gestionen plantas de separación y realicen programas de recolección diferenciada (Cfr. Nogra, 2011).

Incluso, algunas de las personas que se inician en la práctica de *ir a la quema* ya eran compradores de mercaderías provenientes de la misma. Tal es el caso de Armando, un joven de 30 años que le compraba a su vecino, un “viejito” que conseguía “entrar primero y sacar las mejores cosas”, refiriéndose a mercadería cuyos embalajes estaban cerrados.

En forma análoga a lo que sucede en la *quema*, el proceso productivo de la *planta* es alimentado por dos circuitos: el de la recolección domiciliaria y el de los generadores *privados* que caracterizamos en el párrafo anterior. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en el relleno, la administración del CEAMSE direcciona la clase de residuos *privados* destinados a la planta. Básicamente rezagos industriales (metales, plásticos, papeles y cartones) que pueden ser reaprovechados para su posterior reciclado como insumos, y en menor medida mercaderías como las que se obtienen en la *quema*. Esta orientación corresponde al proyecto de política pública que dinamiza el proyecto del “Reciparque” en tanto estrategia de “contención social” para desactivar el ingreso “ilegal” al relleno (CEAMSE, 2006). De este modo, supone que la “formalización” de *quemeros/as* vía creación de *plantas* gestionadas por las organizaciones sociales de los barrios periféricos, favorecerá un proceso de transformación “cultural” de esta población: de individuos que compiten por la apropiación de mercaderías para el autoconsumo en cooperativistas que comercializan insumos para la industria del reciclado.

Sin embargo, como señalan los testimonios que analizamos a continuación, el *cirujeo* no solo se mantiene como práctica habitual dentro de la *planta*, sino que además configura sentidos desde donde definir(se) individual y colectivamente en la nueva situación laboral.

A primera vista los puestos que se distribuyen a lo largo de la *cinta* de separación y clasificación resultan formalmente idénticos, cada operario/a debe recuperar uno o dos tipos de materiales y arrojarlos al buche para llenar el bolsón correspondiente. Sin embargo, como señalaba Tomás (19 años y dueño de una vasta experiencia en la *quema*), existen marcadas preferencias respecto del puesto a ocupar. En su caso consideraba estratégico el “segundo lugar” de la *cinta*, porque más allá de recuperar “botellas” podía “cirujear cosas que la gente tira”. La preferencia de Tomás es entendible en tanto el ritmo de trabajo resulta menos vertiginoso que en el primer lugar, donde se abren las bolsas de basura que ingresan a la cinta, lo que permite contar con algunos segundos más para escudriñar su contenido y eventualmente rescatar algún objeto o mercadería.

La relevancia del *cirujeo* dentro de la *planta* también fue señalada por personas que no contaban con experiencia previa en la *quema*, como Jorge (50 años) quien supo forjar una trayectoria de obrero industrial hasta que el cierre de la fábrica lo lleva a las *plantas* del “Reciparque”. Desde su perspectiva, la clave del trabajo realizado en la *planta* “no está en el

cirujeo, sino donde está la ganancia [...] En los materiales buenos, que permiten salvar más o menos una quincena. El cirujeo es lo de menos, a veces sí me llevo alguna cosa como jabón en polvo o café, pero solo para ir tirando”. Lo interesante del testimonio de Jorge está dado por la jerarquía que establece entre un plano individual asociado al *cirujeo* de pequeños objetos y mercaderías (“para ir tirando”) y el sentido colectivo de la labor realizada en la *planta*, expresado en la necesidad de tener “materiales buenos” para garantizar la “ganancia”. Su relato anticipa la tensión individual/colectivo que resultará frecuentemente interpelada por la práctica del *cirujeo*⁷, tal como evidencian otros entrevistados. Por ejemplo Marcelo (30 años), quien ya había trabajado en otras plantas sociales, rememoraba así su propuesta de reorganización del trabajo con los residuos del circuito *privado*:

Yo veía que le daban mucha bolilla a las bolsas y pasaban por arriba el cartón, el nylon. Y es lo que más vale, [de lo que] más volumen viene es cartón y nylon a este lugar. Así que a partir de ahora mi método de trabajo es el siguiente: le dan bolilla al cartón, al nylon y después nos fijamos qué hay en las bolsas.

Como evidencia el relato, la clave implícita del “método de trabajo” que propone Marcelo apunta directamente a organizar el *cirujeo* que también se practica en este circuito y que reporta mercaderías más 'valiosas' que aquellas rescatadas en el circuito doméstico (descartes fabriles y/o comerciales que aparecen entreverados entre el nylon y el cartón). Marcelo -que en definitiva era un trabajador más- sabe que esta es la razón por la cual “le daban mucha bolilla a las bolsas”, sin embargo no se le ocurre impugnar la práctica del cirujeo (lo que sería lógico en pos de maximizar la productividad del trabajo); sino que propone ordenarla a partir de una reasignación de prioridades. En primer lugar acondicionar los materiales para comercializar como insumos (cartón y nylon) y luego dedicarse a ver “que hay en las bolsas”.

Como señalan los datos analizados, el *cirujeo* en la *planta* resulta una práctica tan extendida como problemática. Buena parte de los testimonios dan cuenta de recurrentes conflictos entre trabajadores/as y entre estos/as y los coordinadores/as de la planta, que giran básicamente respecto de la legitimidad de estos actos de apropiación personal en un contexto donde se promueve el ejercicio de la propiedad colectiva de infraestructura, maquinarias, saberes y materiales. Emilia se quejaba amargamente respecto de un “allanamiento” perpetrado por sus propios colegas ante la sospecha de haberse quedado con frascos de productos de belleza provenientes de un *privado*. Esta situación le produjo mucha bronca por el “puterío” generado, aclarando que “hace años que nos conocemos y saben que yo no voy a robar” y que siempre pidió “permiso” cuando quiso llevarse

⁷ La diferenciación que introduce Jorge hace referencia a las diferencias entre los circuitos domiciliario y doméstico dentro de la *planta*. El primero se organiza en torno a la cinta y en tanto los materiales potencialmente recuperables vienen mezclados con restos de basura orgánica, su productividad es baja en relación al trabajo demandado. En contraste, el circuito privado aporta grandes volúmenes de uno o dos tipos de material, relativamente limpio y por ende más fácil de trabajar involucrando menos personas, haciendo que la rentabilidad de la planta dependa básicamente del volumen de materiales que aporta este circuito.

cosas “sin valor”, tales como telas y rezagos con las cuales confecciona prendas de vestir. Karina, otra de las “allanadas”, también impugna la actitud de sus compañeros/as y la acusación de “robo”, remarcando que más allá de llevarse “algún pantalón o zapatillas rotas” del circuito domiciliario, fue ella quien encontró mil pesos que “declaró” ante sus compañeros. Categorías como desconfianza y *puterío* son invocadas por las personas entrevistadas para caracterizar el efecto que producen estas pequeñas pero frecuentes rencillas a nivel de las relaciones personales sobre las que se sostiene la labor colectiva de la *planta*. Para los/as coordinadores/as de “Ecosolidaridad” la cuestión del *cirujeo* representó un complejo desafío, en tanto constituye una práctica fuertemente arraigada entre los/as trabajadores/as, pero que al mismo tiempo puede debilitar los lazos que configuran el proyecto colectivo.

La construcción de acuerdos sobre este tema demandó un arduo esfuerzo colectivo organizado por un equipo de investigadoras del CONICET que coordinaron un proceso participativo destinado a reflexionar sobre la gestión cotidiana de esta experiencia (Cross y Frey, 2008). De este modo el *cirujeo* terminó por ser admitido siempre y cuando quede circunscripto al rescate de alimentos o pequeños objetos provenientes del circuito domiciliario, en tanto de alguna forma se asemeja a la suerte o capacidad para hallar objetos valiosos entre la basura, tal como ocurría en la *quema*. Sin embargo, sí resulta impugnada la apropiación individual de mercaderías que ingresan a través del circuito *privado*. En efecto, se trata de bienes mas 'valiosos' tales como cosméticos, o packs de alimentos de primera marca, cuya gestión es explícitamente organizada por los encargados de la planta remarcando el carácter colectivo de la experiencia, tal como refiere el siguiente registro generado por una de las investigadoras que tuvo a su cargo la coordinación de los talleres de reflexión:

Me acerqué a Margarita que estaba fraccionando en bolsas algunos alimentos que habían llegado de Carrefour. Me pidió que la ayudara [...] El agrupamiento en alimentos no perecederos, frescos y golosinas y limpieza no es azaroso. De hecho, en las 30 bolsas que dispusimos se colocaron 3 ó 4 alimentos no perecederos [...] Margarita me instó a que no me olvidara del “fiambre y los huevos” [...] Al terminar con esta primera tarea, comenzamos a fraccionar en bolsas chicas 4 ó 5 paquetes de 10 Kg. cada uno de alimentos para perro de diferentes marcas. Margarita me explicó que “algunos se los llevan para su perro, pero la mayoría los usa para vender a \$0,50” [...] Terminamos con todo esto justo a las 5, cuando finalizó la jornada. La distribución de las bolsas fue menos ordenada de lo previsto.

La riqueza del testimonio antecedente radica en la meticulosidad y precisión con la cual arman las “bolsas” para cada integrante, tanto en las cantidades como rubros de mercadería repartidas. El *cirujeo* aparece ahora organizado en función de una gestión colectiva llevada adelante desde la coordinación de la *planta*, que se sostiene en las nociones de equidad y universalidad como criterios de distribución. En la medida que estos se oponen a la contingencia y sentido de oportunidad que

caracterizan al *cirujeo* como apropiación individual, adquieren un sentido performativo en relación a la construcción de “Ecosolidaridad” como colectivo de trabajo autogestionado.

En efecto, lidiar con esta tensión forma parte del trabajo cotidiano de coordinación, requiriendo una ardua tarea de construcción de acuerdos y criterios colectivos. Este trabajo supone realizar de hecho la “formalización” que imaginan las políticas públicas desde las que se impulsa el modelo de plantas sociales. Sin embargo, dada la centralidad que cobran en este modelo ‘cuestiones técnico-formales’ tales como monto de las inversiones, infraestructura productiva y las capacitaciones destinadas a organizar el proceso productivo; esta labor de construcción acuerdos se asume -en el mejor de los casos- como una consecuencia mecánica de la puesta en funcionamiento de las plantas.

La planta como metáfora del trabajo formal

Las trayectorias laborales de los/as trabajadores/as de la planta, no solo se consolidaron en la “informalidad” asociada a la *quema* y el *cartoneo*, sino también en los empleos que configuran el mundo del “trabajo formal”, dando forma a recorridos heterogéneos por diversas ocupaciones. Por un lado, verdaderas 'carreras' forjadas en el sector formal de la economía, como en el caso de Jorge, quien se desempeñó durante 23 años como operario de una máquina inyectora en una fábrica de plásticos. En el extremo opuesto, situaciones como la de Karina (33 años), quien se dedicó al *cirujeo* hasta que tuvo la oportunidad de “entrar a la planta”. Entre estos extremos, se acumulan trayectorias signadas por constantes entradas y salidas entre ocupaciones “formales e informales”, derroteros erráticos entre lo “legal e ilegal”, que no hacen más que evidenciar las enormes dificultades con las que se enfrentaron los sectores populares para sostener un empleo en las últimas décadas.

En este sentido y más allá de las regularidades y las discontinuidades que puedan evidenciarse a partir del análisis de las trayectorias particulares de estas personas, en este apartado nos interesa indagar sobre la relación que puede establecerse entre las representaciones del mundo del trabajo “formal” y su propia experiencia como trabajadores/as en la *planta*. Focalizamos en esta línea analítica en virtud de dos aspectos complementarios. En primer lugar, en tanto el diseño de las “plantas de separación y clasificación” se sostiene en el establecimiento de una analogía con los espacios, prácticas y temporalidades que definen el proceso de trabajo industrial de cuño taylorista. En segundo término, tal como evidencian los datos derivados de nuestra investigación, esta analogía efectivamente interpela a las personas que ingresaron como trabajadores/as en la *planta*. Tanto para aquellas personas que efectivamente se desempeñaron en el “sector formal” y más aún para quienes trabajaron “en fabricas”, como para aquellos otros que nunca lo hicieron, la imagen de la fábrica y

el trabajo fabril constituyen referencias cardinales en la construcción de sentidos que definen su relación con el trabajo en la *planta*.

Uno de los datos más significativos resultantes del análisis se relaciona con las frecuentes referencias a la “experiencia” que los/as integrantes de la planta asocian -en distintos sentidos- con su actual ocupación. Este aspecto nos resultó sorprendentemente contraintuitivo, puesto que al tratarse de una actividad 'nueva'⁸ no esperábamos que las referencias a la “experiencia” tuvieran un lugar tan relevante en las entrevistas.

Un primer sentido en el cual la “experiencia” resulta movilizada está asociado a la analogía *planta-fábrica*, denotando la familiarización de estas personas con la organización del proceso de trabajo fabril que encontraban replicado en la *planta* (manejo de maquinaria, jornada laboral dividida en turnos, espacialización de cada etapa, etc.). Tal es el caso de Javier, un joven de 19 años, quien relataba con orgullo su desempeño como operario en una fábrica de zapatillas:

Manejaba una máquina moledora. Rompía todo. Todo con máquinas es, vos no tocabas nada. Yo rompía los plásticos... la parte esta de la suela venía mal, la despegaban y yo tenía que romper todo el plástico de vuelta para volver a usarlo. Ahí el material no se rechazaba. Se volvía a reciclar.

Este fragmento resulta significativo porque el nexo de sentido que Javier establece entre sus antecedentes como operario en la fábrica y su nueva ocupación, se apoya no solo en sus aspectos más evidentes (operar máquinas), sino principalmente por el hecho de evidenciar su entrenamiento en una 'lógica del reciclado', aquella que antes organizaba su tarea puntual en la fábrica y ahora domina la totalidad del proceso productivo en la *planta*. Esto es, la selección de materiales para reingresarlos al proceso productivo por medio de la utilización de maquinarias. Durante la entrevista, pone en valor esta experiencia antecedente al proyectarla sobre la nueva situación laboral, diferenciándose de otros que carecen de ella. De hecho, Javier rememoraba aquella ocupación con profunda emotividad, dado que según sus propias palabras había sido el único trabajo “en blanco”⁹ que tuvo. Javier había tenido sus primeras experiencias en la *quema* siendo adolescente, luego había trabajado como peón en el Mercado Central, posteriormente retomado el trabajo en la *quema* y después había conseguido el trabajo en la fábrica de zapatillas. Ahora se encontraba frente a una nueva oportunidad de trabajar como operario de máquinas en un escenario que no era idéntico a la fábrica ni con las mismas condiciones de asalariado, pero que de algún modo le resultaba familiar, pudiendo capitalizar su experiencia previa.

Los sentidos atribuidos a la categoría de “experiencia” no están asociados exclusivamente al pasaje por el empleo fabril. Así aparece movilizada en testimonios de trabajadores/as que se habían

8 La primera *planta* fue inaugurada en 2004 dentro del Complejo Ambiental Ensenada localizado en el sur del AMBA, recién en 2006 comenzaron a operar las primeras plantas del “Reciparque” (CEAMSE, 2006).

9 La categoría de *trabajo en blanco* refiere a la existencia de un contrato formal legalmente regulado.

desempeñado en otras plantas del “Reciparque”. Los aprendizajes y las disposiciones allí adquiridas no solo involucraban la familiarización y manipulación con los “materiales”, sino también de los artefactos tecnológicos desarrollados específicamente para la clasificación en las *plantas*. El siguiente fragmento del relato de Ricardo (25 años) permite dar cuenta de ello:

Hago de todo, estoy en la tolva... Cuando se rompe la máquina tengo que ver... Hoy se rompió la cinta que lleva la basura al roll-off, no tenían cómo arreglarla. Fui y le saqué lo que había que arreglar... Le puse un clavo, corté el clavo, lo doblé y con eso... Es temporario, pero pudimos seguir trabajando. La otra vuelta cuando se cortó la cinta también, la arreglamos con otro muchacho que se llama Marcelo. Él consiguió un pedazo de cinta del galpón de al lado y un par de tornillos y lo arreglamos. Pudimos seguir trabajando hasta que vinieran los de Santa Fe [representantes de la empresa que fabricó las maquinarias].

Tanto Ricardo como Marcelo movilizan un *expertise* previamente adquirido que se reactualiza frente a desperfectos mecánicos que imposibilitan el normal funcionamiento. Este *expertise* se deriva principalmente de un conocimiento fino de la *maquinaria operando*, más que de su funcionamiento en abstracto. Imaginar y proyectar la reparación con insumos standard (clavos y tornillos), anticipar la probable resistencia de la reparación frente a la tensión a la que será sometida cuando sea puesta en marcha, movilizar relaciones con operarios de las *plantas* vecinas (donde consiguen pedazos de cinta), resultan cualidades destacadas que permiten “seguir trabajando” durante el tiempo que la máquina hubiese quedado parada hasta su reparación por parte del personal especializado. Este hecho, no parar, resulta un axioma en la dinámica económica de un colectivo que depende -casi exclusivamente- de la comercialización del material clasificado para garantizar los ingresos de sus integrantes.

Otro elemento de continuidad con el espacio del empleo formal en general y las experiencias fabriles en particular, es la implementación de la jornada dividida en dos turnos, así como de reglas y normas (definidas colectivamente) que organizan el proceso de trabajo y la convivencia. Testimonio de esto es el fragmento de la entrevista a Karina donde resume sus impresiones acerca de la nueva situación laboral:

Levantarte temprano, que sabés que tenés un horario. Que sabés que tenés que venir, agachar la cabeza y venir ¿Me entendés? Yo te digo la verdad, mis hijos, antes a mí no me importaba si iban al colegio o no. Pero ahora, yo me levanto cinco y media, a las seis los despierto, seis y media están parados en la parada del colectivo para que los lleve... Eso es muy importante para mí ¿Entendés? Los logros que yo estoy haciendo con mis hijos. Es un poco como que me ordenó la vida.

Karina afirma que el trabajo en la *planta* le “ordenó la vida”, evidenciando que la analogía planta-fábrica interpela a los/as trabajadores/as en un sentido más profundo que la mera organización de la jornada laboral. La implementación de horarios en la *planta* estructura la cotidianeidad en su hogar, representando una ruptura significativa respecto de lo que fue su experiencia en la *quema*.

La construcción de reglas, por otro lado, también se plantea como una continuidad con el empleo formal. Esto implica no solo la existencia de una división del trabajo y de reglas relativas al desempeño, sino que además estas se ejecutan en función de cumplir con pautas de productividad. Incumplimientos en las tareas asignadas así como ausencias injustificadas tienen como consecuencias sanciones tales como la suspensión por uno o varios días de trabajo. Pablo (19 años) reconocía que había sido suspendido en una oportunidad por “faltar sin aviso” y que una de sus compañeras había sufrido también una suspensión porque “la vieron mandando mensajes en el momento en el que estaba trabajando, porque si no te ven no pasa nada”. Su relato hacía referencia a figuras de autoridad, reglas (no distraerse) y eventuales sanciones, todos elementos que afirman la analogía entre el mundo fabril y el mundo de la *planta*. En tanto la rentabilidad del emprendimiento depende del volumen de material que puede colocarse en el mercado, la productividad del trabajo se transforma en un valor que debe sostenerse a través de la implementación de horarios y reglas, definiendo un modo ‘legítimo’ de desempeñarse al interior de la planta.

La clasificación como tecnología “encarnada”

La conformación de la clasificación de residuos como técnica específica, remite a lo señalado por Tim Ingold (2000) en tanto constituye un proceso dinámico (antes que un conjunto dado y finito de saberes y procedimientos susceptible de ser replicado en forma lineal), cuya interpretación no puede escindirse del modo en que el cual se despliega en determinados contextos prácticos de actividad. Un supuesto tácito que operaba en nuestra aproximación inicial señalaba que el desarrollo de una cultura material vinculada a la clasificación resultaría fuertemente anclada en la experiencia antecedente de sus integrantes en el *cartoneo/cirujeo*. Sin embargo, los datos evidenciaron que la clasificación reconocía una genealogía solo parcialmente inscrita estas experiencias. Incluso constatamos que para buena parte de los/as trabajadores/as de esta *planta* resultaba una práctica totalmente novedosa. Pero más sorprendente aún fue constatar que las experiencias antecedentes en clasificación y reciclado se derivaban -en su gran mayoría- del paso por otras *plantas* del “Reciparque”.

El caso de Marcos permite ejemplificar este aspecto. Antes de ingresar en la *planta* trabajó durante 7 meses en otra “planta social” que llegó a organizar su producción en tres turnos diarios. El tránsito por esa experiencia le permitió incorporar una variedad de saberes muy específicos, tales como el sistema de precios de los materiales y su relación con el sueldo percibido; pero fundamentalmente Marcos 'aprendió a conocer' los materiales:

Mirá que yo sé de nylon. Pero no quiero abrir la boca porque sino voy a estar siempre ahí. Porque cuando trabajaba en la otra planta aprendí cual es el nylon que sirve y cuál no. Primero Margarita me dijo si podía ir a la cinta y después me mandó a estar dos días ahí con las mujeres, con el nylon. Y yo le digo... a María, me acuerdo... “Esto va acá, ¿eh?”

Esto se llama así y así”. Y ahí me vio Margarita. “Ah, sabés Marcos” “Sí -le digo- yo de cuando trabajaba allá ya sé cuál es... si es limpio, si es sucio... cuál es el sucio...

A través de la categoría “saber de nylon” Marcos hacía suya la experiencia incorporada previamente para valorizarse en el contexto de su incorporación a una nueva *planta*. Este saber le permitía distinguir (el *streech* de otros) y clasificar (sucio/limpio) los diferentes tipos de plástico que son empleados para cubrir y proteger los bultos de mercadería palletizadas en el circuito fabril y de comercialización mayorista. Este conocimiento resulta importante por cuanto no es posible reciclar nylon “sucio” con restos de alimento, grasa, pintura, polvo, etc.; o bien si se encuentran mezclados tipos de nylon elaborados con sustancias diferentes, pero que en apariencia resultan iguales. En este sentido el “saber de nylon” no solo es reconocido por la encargada de la planta (Margarita), sino que le permitió enseñar sobre “nylon” a una compañera inexperta (María). Tal es así que pudo valerse de experiencia acumulada para destacarse en relación al resto de sus compañeros/as, llegando incluso a proponer cambios en la organización del proceso de trabajo en la planta:

Yo le dije a Margarita que cuando venga un camión no tienen que ir todos. Ya con cinco es suficiente. Le explico y le digo a Carlos: “Te voy a decir una cosa, ¿no te enojas?” “No”, me dice. “Mirá, cuando yo trabajaba allá... éramos cinco o seis nomás en privada. Nada más... No íbamos a bajar todos los de la cinta. Ahí perdés una bolsa de mercadería, todo... es plata que se tira” “Bueno, vamos a probar” me dice. “Vas a ver que te va a dar resultado”, le digo. Y así fue...

En otros casos, la experiencia de trabajo en otras plantas del “Reciparque” incluyó el pasaje por instancias de “capacitación” obligatorias dictadas por profesionales contratados por la CEAMSE, realizadas con el objetivo de familiarizar a los trabajadores con los materiales y procesos a los que se enfrentarían durante la práctica de la clasificación. A estas reuniones asistían trabajadores recientemente incorporados de todas las plantas en actividad:

Jorge: nos enseñaban cuál era el sistema de cada nylon... ¿viste? Cómo se quemaba... Y te ponían el agua, te ponían el alcohol, cómo era que si flotaba o no flotaba. Aprendías del material, que tipo de circuito tiene... y cómo se llama también el material... el PVC, el soplado... Lo que más se usa son el polietileno, el polipropileno..., el alto impacto... creo que hay un nylon natural.

Entrevistadora: Mirá. ¿Y vos de todos esos plásticos cuál laburabas cuando trabajabas en la fábrica?

Jorge: Trabajaba en todos, trabajaba el ABS... el PVC era el... cable canal, el nylon 66... El nylon... el nylon solo.

Entrevistadora: ¿Y cuál es la diferencia?

Jorge: Porque uno es más resistente.

La “capacitación” que referencia tuvo lugar mientras trabajaba en otra “planta social”, sin embargo no era la primera vez que Jorge tenía contacto con estos diferentes tipos de plástico. En forma previa a su desempeño en la clasificación de residuos, había transitado en empleos temporarios en fábricas de la zona, donde aprendió a manejar una máquina inyectora y a manipular los mismos “materiales” que hoy le tocaba clasificar. Así, Jorge llegaba a la “capacitación”

habiendo incorporado dos elementos constitutivos de esta práctica. Por una parte, que el “plástico” con el que se fabrican los objetos de uso cotidiano, involucra en realidad casi una veintena de sustancias diferentes; por otra, que cada insumo (y sus combinaciones) presenta diferentes cualidades físico-químicas, tales como la “resistencia” al esfuerzo mecánico. A través del pasaje por la “capacitación”, pero fundamentalmente en su labor cotidiana dentro de la *planta* Jorge reactualiza estos conocimientos, teniendo un puente entre su actual labor y aquella desarrollada en la fábrica de plásticos, dos instancias que la dicotomía formal/informal ubicaría en forma contrapuesta.

Sin embargo, la gran mayoría de las personas que integraban la *planta* se enfrentaban por primera vez con la clasificación de residuos como práctica sistemática. Es el caso de Soledad, quien en sus escasos 28 años contaba con una trayectoria laboral extremadamente diversa, desde empleada de comercio, técnica de televisores y electrodomésticos por cuenta propia, e inclusive jugadora de fútbol semi-profesional. Soledad ingresó al mundo de la clasificación y el reciclado por referencia de la madre de una vecina que estaba trabajando en otra planta del “Reciparque”. Luego de recorrer varias plantas dejando sus datos, llegó junto a una amiga a “Ecosolidaridad” donde les ofrecieron empezar al día siguiente, Soledad rememoraba así esa mañana:

El primer día... a la cinta, no entendía nada yo. “Vos sacá blanco”, me dicen... Yo le digo a Carlos [uno de los encargados]: “Mirá, yo te digo la verdad, yo sé hacer mugre, pero no sé clasificarla”, y él me dice: “Ah, pero no es difícil, vos vas a ir a la cinta y de toda la basura que pasa, agarrá el blanco”. “¿Y qué es blanco?” le pregunto. No va que el boludo agarra una hoja en blanco... esa de... cómo se llama, esa de fotocopia... en blanco, ninguna raya, nada. La boluda se juntó todos los papeles en blanco. Lo demás pasaba. Me cagaron a trompadas... me pegaban con botellas, con esto, con el otro... “¡Se te pasa el blanco!” Y yo callada la boca, escuchaba como me puteaban y me reía... o sea... Qué les voy a decir... o los cago a palos o me cago de risa, ya está. Pensaba, es un laburo, me voy a tener que acostumbrar a esto. Y me cagaban a pedos y a puteadas. (...) La primer semana estuve a los ponchazos limpios. Manotazo de ahogado era poco. Andá para acá, andá para allá, esto se hace así... asa... que esto y que el otro, nylon... blanco...

La escena relatada por Soledad gira en torno al malentendido anclado tanto en su inexperiencia respecto de la práctica de la clasificación, como en la falta de previsión de quien intenta instruirla en esta labor. Desde su perspectiva, totalmente desfamiliarizada con las categorías de clasificación de los materiales pasibles de ser recuperados, la categoría “blanco” adquiere un sentido hiperliteral, aludiendo al papel de color blanco sin trazos ni dibujos. Tal como sucedió con el resto de los/as compañeros/as cuyo ingreso a la “planta” significaba su bautismo en esta actividad, Soledad busca orientarse en la “cinta” por observación e imitación de los movimientos y disposiciones de sus compañeros, y por eso se dedica a juntar solo “los papeles en blanco”. Finalmente otros compañeros/as advierten que estaban “pasando” papeles que deberían haber sido recuperados en el puesto que ocupaba Soledad y comienzan a ridiculizar su inexperiencia. A través de un relato plagado de referencias a insultos, imágenes de agresión física y frases como “manotazo de ahogado” o “ponchazos limpios”, Soledad simboliza la violencia inherente al inicio del proceso

habitar este nuevo mundo laboral configurado en torno a la “planta”, la “cinta”, sus “compañeros/as”, la “basura”, los “materiales”; pero también de la transformación de su subjetividad, en este caso vinculada a la práctica de la “clasificación”¹⁰.

El siguiente testimonio de Soledad refuerza esta idea, puntualizando como, este 'hacerse de la experiencia' e 'incorporar las claves del oficio', resulta facilitado por el vínculo con un compañero ya experimentado:

Sí, estaba Marcelo... fue mucha ayuda, muy buena ayuda. La verdad que fue el único que nos aguantó. Le dije: “Loco, yo te digo la verdad... cero de esto. Me estoy acostumbrando recién al olor. Tengo una semana acá. ¿A vos te jode si yo te pregunto... qué es el tipo de material y cómo es cada material que se conoce acá? No es para hincharte las pelotas ni nada. Sino para tener más o menos una idea y no joderte a cada rato. Porque yo veo que pregunto a cada rato y que jodo. No quiero estar rompiéndote las bolas”. “No, está bien”, me dijo. Me explicó una sola vez, qué tipo de material era, lo anoté, lo memoricé... y acá estamos... hasta el día de hoy sigo aprendiendo, porque... no sabía lo que era PET; no sabía lo que era cristal; no sabía lo era frisch... Para mí el frisch es y va a seguir siendo papel film... pero bueno acá se le dice frisch.

Con la ayuda de este compañero, Soledad ejercita su destreza para identificar los distintos materiales con los que están elaborados los envases y objetos que transitan por la “cinta” formando una masa intrincada y amorfa. Resulta una aprendiz disciplinada y sistemática, no solo incorpora las categorías de clasificación anotando y memorizando formas y texturas que permitan su identificación, sino que además observa una de las reglas tácitas que gobiernan la convivencia en ese espacio: no interrumpir constantemente para evacuar dudas acerca de qué y cómo clasificar. Es importante notar que este proceso de incorporación del 'oficio' no solo adquiere un sentido instrumental (y por tanto exterior a su propia persona). Más allá de hacer suyo un saber técnico (p.e. una taxonomía nativa de los materiales) que le permite actuar en la clasificación, en este proceso moldea también su propia subjetividad. A través de la práctica -y la síntesis corporal implicada- Soledad incorpora la materialidad del 'oficio' involucrando todos sus sentidos y emociones. A esto se refiere cuando en el fragmento citado confiesa que aún no lograba “acostumbrarse al olor”, también cuando -en otros testimonios- se quejaba de haberse “apuñalado la mano” con objetos punzantes que venían entreverados en la basura, e incluso cuando refiere con emoción al compañerismo que envuelve su vínculo con Marcelo, un aspecto frecuentemente resaltado por otros integrantes de este colectivo como característica distintiva de su experiencia en otras “plantas” e incluso otros trabajos. El caso de Soledad permite ilustrar porque sostenemos que el proceso de incorporación de la clasificación como oficio no puede pensarse como un proceso que ocurre por introyección de un saber exterior a su persona. Soledad aprende este nuevo oficio en tanto el proceso se vuelve parte de ella.

10 Recuperamos la crítica de Ingold (2000) a la noción de ambiente como externalidad, quien considera la relación organismo/medio como dinámica, productiva y cambiante, basada en una simbiosis de transformación mutua y no una mera construcción simbólica ni de tipo representacional.

Esto remite a lo señalado por Miriem Naji en su trabajo sobre mujeres tejedoras de Marruecos, cuando sostiene que el proceso de incorporación de los aprendizajes del oficio implica un ajuste progresivo a la resistencia de la materia, que se expresa frecuentemente en sensaciones de dolor y cansancio por parte de las artesanas (2009: 247). Entre los trabajadores/as de la *planta* este ajuste progresivo se verifica entonces no solo en la incorporación de disposiciones sensoriales que afinan los sentidos (facilitando el reconocimiento y clasificación de materiales), sino también de aquellas otras que inhiben o atenúan el registro sensorial (permitiendo sobrellevar largas horas en contacto directo con materia en descomposición). El testimonio de Armando permite profundizar este sentido:

Es feo, pero bueno... Es lo que hay... El otro día yo estaba en la cinta y... te hace mal, lancé como dos o tres veces... me quería matar porque... teniendo que abrir basura para encontrar... perros muertos... yo digo... ¿qué estoy haciendo? y bueno... seguí abriendo bolsas. Pero ya está... los primeros días... hasta que... agarré todos los movimientos. Tenés que estar en todos lados para saber qué se hace en cada lado... Y bueno, vas aprendiendo.

Como señala Armando y antes había hecho Soledad, la convivencia con olores e imágenes desagradables resulta una característica del propio aprendizaje del oficio de clasificación. Del mismo modo resultan significados el cansancio físico producido por la realización de grandes esfuerzos, la recurrencia de movimientos repetitivos, el sostenimiento de posturas corporales. A esto refiere Marcos, quien ha transitado por los distintos puestos de trabajo: “Lo que menos me gusta es la cinta... te mata... romper las bolsas así... Las primeras semanas... me dolía todo el brazo. Le pedí a Margarita que me cambiara porque no daba más de los brazos... y me mandó unos días afuera en nylon.” Igualmente significativas resultan las referencias a la alienación que producen las tareas repetitivas, tales como quitar las tapas de las botellas (dado que se producen con dos tipos de plástico diferentes), a esto se refería Tomás especificando que es “aburrido” y provoca la sensación que la jornada laboral se le hace “interminable”. El testimonio de Mirta resulta significativo en este sentido:

Hace rato que yo les vengo pidiendo [a los encargados] que me saquen un poquito de ahí. ¿Viste que yo lavo las botellas? Pero desde que yo vine estoy haciendo lo de las botellas y a veces me canso. Quiero hacer otras cosas, estar afuera... [refiere al puesto de nylon] Porque en realidad a mí me hace mal estar ahí adentro, me pongo histérica... me pongo nerviosa, me pongo a pensar... Mientras trabajo, me pongo a pensar todos los problemas. Y aparte que sufro del corazón y me ahogo... Entonces yo le dije a Carlos que quiero salir afuera, es como que tengo más libertad... no sé... Veo los pájaros... no sé, me distraigo más. Y hago más rápido el laburo.

Mirta revela las claves de un sufrimiento emocional que se expresa en estados “histéricos”, “nerviosos”, “ahogos”, etc.; que aparecen estrechamente vinculados a la práctica del oficio de clasificación en la planta. Este tipo de referencias al cansancio tanto físico como mental resultaron una constante en los testimonios de los/as integrantes de la “planta” y en general estaban referenciados en el tránsito por diferentes puestos de trabajo (o en su necesidad de hacerlo). De allí

que la frecuente rotación de puestos, haya sido una de las características más referenciadas en las descripciones de la dinámica organizativa del proceso de trabajo en la “planta”.

Para sintetizar el planteo que presentamos en este apartado, podemos señalar que los datos analizados evidencian que el aprendizaje práctico de la técnica no solo recupera las experiencias que delinearon las trayectorias laborales de los/as actuales integrantes del colectivo, sino que se actualiza y refina a partir de su ingreso en “Ecosolidaridad”. Este proceso está dinamizado por aquellas personas que ya contaban con experiencia de trabajo en otras “plantas” del “Reciparque”, más que por los “encargados” del colectivo, quienes carecían de experiencia previa en este sentido.

Por otra parte pudimos dar cuenta que la clasificación como práctica remite a un proceso dialéctico por medio del cual sujetos y objetos se constituyen recíprocamente a través de la acción mediatizada por una “cultura material en acto” (Julien, Rosselin y Warnier, 2009: 98). Específicamente, remarcamos el rol que juegan en este proceso los sentidos, las percepciones y emociones, a través de las cuales la materia manipulada (materia descartada, equipamientos y maquinarias) pierden la condición de exterioridad, siendo incorporados por las personas, delineando sus gestos, cuerpos, movimientos y subjetividades (Ibid, 2009). En particular señalamos como el “olor” y la “mugre”, pasan a ser considerados como elementos inherentes a la práctica de la clasificación, a la (in)corporación de un *oficio* de nuevo cuño.

Reflexiones finales

En este artículo analizamos los sentidos que los/as trabajadores/as de una “planta de separación y clasificación” ponen en juego para definir y definir(se) en sus prácticas laborales cotidianas, a partir de su puesta en perspectiva con las heterogéneas trayectorias laborales que caracterizan a este grupo. Consideramos que los datos analizados nos permiten inscribir estas experiencias en el proceso de construcción de un 'oficio' de nuevo cuño que involucra a un número creciente de población considerada como “inempleable” desde la definición de las políticas públicas de empleo (Cross, 2010b): la clasificación de residuos. Los datos referidos a la planta “Ecosolidaridad” nos ubicaron en una posición espacio-temporal privilegiada para abordar este fenómeno, en tanto forma parte de la primera experiencia de organización a gran escala de un proceso productivo organizado casi exclusivamente en torno a la clasificación de residuos (“Reciparque”). La actual implementación de decenas de nuevas *plantas* es promovida desde diversas instancias y niveles de gobierno como orientación prioritaria en materia de gestión integral de residuos sólidos urbanos en todo el territorio nacional. Este crecimiento puede enmarcarse en la progresiva consolidación del reciclado como proceso industrial desarrollado por el capital privado en nuestro país, a partir del desarrollo de nuevas tecnologías que incrementan la variedad de materiales capaces de ser

(re)incorporados como insumos al proceso productivo a partir de la basura. En este contexto, el desarrollo de una 'tecnología de clasificación' resulta un requisito indispensable para alimentar este sector en expansión. El análisis de iniciativas de este tipo resulta clave para aportar a una comprensión más acabada de la problemática de la gestión de residuos en nuestra metrópoli y el lugar que ocupan y/o se les propone ocupar a quienes con su trabajo cotidiano hacen posible la conformación de un circuito de valorización de los residuos a través del reciclado.

En este marco problematizamos la dicotomía maniquea que opone la informalidad/ilegalidad del trabajo cotidiano de cartoneros/as y quemeros/as sobre las calles y sitios de disposición final, a la formalidad/legalidad que supondría su organización racional -tecnológica en “plantas de separación y clasificación” (Cfr. CEAMSE, 2006 y Rodríguez, 2010). El supuesto implícito indica por una parte que la “formalización” está asociada a la posibilidad de generar un 'cambio cultural' en esta población, en el sentido de recuperar una 'cultura del trabajo y la producción' supuestamente perdida en poblaciones expuestas a la pobreza estructural por generaciones. En forma complementaria, la organización del proceso de trabajo bajo el modelo fabril taylorista de la *planta* favorecería esta transformación al promover la incorporación de hábitos y disposiciones tales como establecimiento de horarios, reglamentos y metas de productividad; organización espacial por sectores y manejo de maquinaria; standarización de procedimientos y conocimientos, entre otras características. Las plantas se constituyen así en verdaderos 'dispositivos'¹¹ destinados a la resocialización de aquellas personas que encarnaban en forma tangible las consecuencias de la pauperización de sus condiciones de vida, la erosión de identidades colectivas vinculadas al mundo del trabajo “formal” y otras formas de filiación que habían caracterizado históricamente a los sectores populares.

Sin embargo, los datos analizados en esta investigación nos invitan a suspender el recurso a utilizar nociones pre-construidas, tales como formalidad/informalidad, para el abordaje de estas experiencias, para en cambio recuperar las perspectivas elaboradas por los/as trabajadores/as de las plantas para definir las características y condiciones de sus prácticas laborales actuales. Tal como mostramos en el primer apartado, el *cirujeo* lejos de desaparecer resulta una práctica tan extendida como problemática en el nuevo contexto de la *planta*, obligando a sus encargados a desarrollar una compleja dinámica de construcción de acuerdos colectivos que permiten tramitar las tensiones suscitadas por conflictos relacionados con la apropiación individual de mercaderías. Al mismo tiempo esto no impide que estas mismas personas sean efectivamente interpeladas por la analogía *planta/fábrica* en la construcción de sentidos que definen su relación con el trabajo en la *planta*. En tal sentido resulta representativo el testimonio de Karina, quien más allá de considerar legítimo el

11 Remitimos a un artículo reciente (Carenzo y Fernández Álvarez, 2011) para profundizar en el análisis de los dispositivos (y contradispositivos) que hacen al ejercicio compartido de la gubernamentalidad en torno a la cuestión de la gestión de los residuos en el AMBA.

cirujeo en la planta, vive esta experiencia como un proceso de regulación social que la ayuda a ordenar su vida personal y familiar.

En forma complementaria nuestro análisis recupera la importancia de atender al desarrollo de una cultura material ligada a la clasificación como tecnología, involucrando tanto un conjunto de saberes específicos susceptibles de ser enseñados y aprendidos, como una serie de disposiciones corporales, sensoriales y actitudinales necesarias para ejercitar estas prácticas. Tal como evidencian los datos analizados la clasificación como práctica remite a un proceso dialéctico por medio del cual sujetos y objetos se constituyen recíprocamente. En este sentido cobran especial relevancia analítica los sentidos, las percepciones y emociones, a través de las cuales la materia manipulada (materia descartada, equipamientos y maquinarias) son incorporados por las personas, delineando sus gestos, cuerpos, movimientos y subjetividades. En las actuales condiciones, la (in)corporación de la práctica de la clasificación requiere tanto del aprendizaje de una taxonomía de los distintos materiales potencialmente reciclables, como del entrenamiento del aparato sensorial para acostumbrarse al olor pútrido y la suciedad que genera la manipulación de materia orgánica en descomposición.

En este sentido, sostenemos que el modelo de *plantas* (tanto *sociales* como *privadas*) conforma un dispositivo estratégico que resulta constitutivo de una “gubernamentalidad compartida” en este campo (Carenzo y Fernández Álvarez, 2011). Esta modalidad particular de organización del trabajo y la vida de estas personas, involucra por una parte una apuesta por la producción de subjetividades acordes al objetivo de “formalizar” la actividad, que está dando lugar a la construcción de este nuevo “oficio” que es apropiado y resignificado por estas poblaciones. Si bien se trata de una dinámica incipiente, remarcamos la importancia de este análisis sociogenético, en tanto resulta fuertemente disruptiva de las representaciones más generalizadas que se construyeron en torno a esta práctica. En el campo de la gestión de residuos, cualquier alusión al “circuito formal” establece una asociación casi irreflexiva con uniformes, camiones equipados con maquinaria de recolección, empresas privadas, sindicatos, rellenos sanitarios, contratos regulados por el estado y trabajo en blanco. Si en cambio nos referimos a “circuito informal”, invocamos imágenes *cartoneros/as* empujando carros destartalados, bolsones remendados, suciedad, basurales a cielo abierto, inequidad y trabajo 'precario'. Hoy en día el dispositivo *planta* nos obliga a repensar la validez de tales representaciones, en tanto el trabajo de 'clasificar basura' puede ser obra de trabajadores/as con uniforme, capacitados para manejar maquinaria, con acceso a beneficios sociales, que realizan su práctica en un espacio 'acondicionado' para tal fin. Incluso, como vimos, la clasificación en estas nuevas condiciones puede ser significada como una oportunidad desde la cual forjar una carrera o capitalizar 'experiencia' derivada del paso por otras plantas. En definitiva, (des)hacerse de la

clasificación como actividad 'refugio', para convertirla en un posible 'proyecto' de trabajo y porque no de vida. Sin embargo es también posible provocar una reflexión en torno al verdadero objeto de esta “formalización”. Las *plantas* en tanto dispositivo requieren de la existencia de una fuerza de trabajo entrenada en separar y clasificar materiales reciclables de una masa de residuos indiferenciados, mezclados con materia orgánica en distintos niveles de descomposición, en tanto hasta el momento las estrategias implementadas para promover la preclasificación en los hogares y su disposición diferenciada en la vía pública han resultado en un rotundo fracaso. El resultado es que estamos condenando socialmente a un segmento poblacional a realizar el trabajo que deberíamos hacer cada uno de nosotros en la comodidad de nuestros hogares. En este sentido, la clasificación como 'oficio' puede ser pensada efectivamente como una política de “formalización”, pero no tanto del *cartoneo/cirujeo* como práctica, sino principalmente de un sistema de gestión de residuos basado en la irresponsabilización de las partes involucradas respecto de la generación y disposición final de los residuos que producimos socialmente.

Bibliografía

CEAMSE. 2006. "Informe especial CEAMSE: de la Disposición Final al Tratamiento y Reciclaje". En: Noticias CEAMSE. Año 11, Nro. 21, Julio-Agosto 2006. Buenos Aires. pp. 6-18

CROSS, Cecilia. 2010a. Políticas sociales focalizadas y producción de capacidades colectivas en una organización barrial del Área Reconquista en: Cecilia Cross y Matías Berger (comp.) *La producción del trabajo asociativo*, Ciccus, Buenos Aires.

CROSS, Cecilia. 2010 b. El empleo como aspiración y la precariedad como práctica: Experiencias de trabajadoras de una planta social de clasificación de residuos. Ponencia presentada en VI Jornadas de Sociología de la UNLP, “Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las Ciencias Sociales”, La Plata, 9 y 10 de diciembre de 2010.

CROSS, Cecilia y Ada FREYTES FREY. 2008. "Descentralización y nuevas formas de poder local: problemas de gobernanza en la gestión territorial de los residuos sólidos urbanos en el Gran Buenos Aires" En: Mazurek y otros comp. *Gobernabilidad y gobernanza de los territorios en América Latina*, IFEA-IRD, Cochabamba.

INGOLD, Tim. 2000. *The Perception of the Environment: livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge. Pp 480

JULIEN, Marie-Pierre; ROSSELIN, Céline; WARNIER, Jean-Pierre. 2009. Pour une anthropologie du matériel. En: JULIEN, Marie-Pierre; ROSSELIN, Céline (Dirs.). Le sujet contre les objets... tout contre: Ethnographies de cultures matérielles. París: C.T.H.S., 2009. p. 85-109.

NAJI, Miriem. 2009. La formation de feminités a travers le tissage dans le Sirwa (Maroc). En: JULIEN, Marie-Pierre; ROSSELIN, Céline (Dirs.). Le sujet contre les objets... tout contre: Ethnographies de cultures matérielles. París: C.T.H.S., 2009. p. 246-263

NAROTZKY, Susana. 2006. "El lado oculto del consumo". Cuadernos de Antropología Social No 26 FFyL – UBA, Buenos Aires. pp. 21–39.

NOGERA, Carola. 2011. Perfil Ambiental de Tetrapack: facilitando el reciclado. Presentación realizada en ISWA Beacon Conference on Waste Prevention and Recycling, Buenos Aires, 22 june 2011.

ROCKWELL, Elsie. 1987. "Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985)", Documentos DIE, DIE-CINVESTAV-IPN, México.

RODRÍGUEZ, César. 2010. Gestión Integral de Residuos, Reciclado y Cartoneo en Buenos Aires. Buenos Aires: Editorial Croquis. 190 pp